

tiré no obstante, referir una particularidad de él, que merece ser conocida.

En el interrogatorio acerca de la vía iluminativa, preguntada Rosa acerca de los puntos más difíciles de la teología, admiró á su docto examinador por las respuestas que estaba él muy léjos de esperar de una jóven sencilla y sin letras. Tratábase del misterio de la Santísima Trinidad, de la union hipostática del Verbo, del Sacramento del Altar, de la predestinacion y del libro de la vida, de la gloria de los bienaventurados, de la naturaleza, de la gracia, etc. Ahora bien, en sus respuestas de unos ejercicios tan profundos y tan sólidos, estableció concepciones tan altas, sentencias tan luminosas, expresiones tan propias, tan claras y tan suscintas, que confesó ingenuamente el doctor no haber oído nunca nada tan satisfactorio. Hé aquí, exclamó, una de esas ocasiones en que se debe alabar al Padre de las luces, diciendo con su Hijo: "Os doy gracias, joh Padre mio! de que ocultando estas cosas á los prudentes y á los sabios, las habeis revelado á los humildes y á los pequeñuelos." No fué menor su admiracion, cuando por su orden dió cuenta esta santa jóven del método que seguía en sus confesiones: su lenguaje acerca de esto fué tan exacto y tan prudente, que le parecía escuchar, no á una mujer,

sino á un antiguo profesor de teología. Sus confesores y todos los hombres espirituales que la conocieron, estuvieron de acuerdo en darle el mismo testimonio, y la santa fué, en consecuencia, mirada universalmente como una alma llena del espíritu de Dios, dotada del don de sabiduría en un grado eminente, y gobernada por una ciencia divinamente infusa. De aquí vino la alta estimacion y la veneracion profunda que tenían por ella todas las personas que seguían los caminos espirituales; pero sus dos principales admiradores eran los dos célebres doctores de quienes acabamos de hablar. Admiraban sobre todo dos cosas en ella: la primera, que hubiera sido elevada al estado unitivo sin haber atravesado, por decirlo así, la vía purgativa; y la segunda, que hubiera soportado con tanta fuerza y valor la prueba más terrible que pueda imaginarse. Mas pasemos á los frutos que le trajo su noble y generosa conducta.

CAPÍTULO XIV.

Admirable familiaridad de Rosa con Jesucristo y con la Santísima Virgen.

Una alma á quien las cosas terrenas han llegado á hacérsele amargas, encuentra en

las celestiales una dulzura que la invita á alimentarse de ellas y se las hace deliciosas.

Esto es lo que vemos en el ejemplo de Rosa, de la cual puede decirse que su conversacion era en el cielo. Además de las largas horas que consagraba cada dia al santo ejercicio de la oracion, empleaba tambien un tiempo determinado en la lectura de los libros espirituales, escogiendo los capítulos más á propósito, ya al tiempo religioso, ya á sus afectos presentes. Pocas líneas bastaban para satisfacerla, sobre todo cuando se encontraba en ellas el dulce nombre de Jesus: las cinco letras de este nombre eran como cinco dardos de fuego que penetraban hasta su corazon, y hacian nacer en él los más tiernos y amorosos sentimientos. De aquí resultaban los dulces favores que voy á referir. (1).

(1). Antes de pasar adelante, creo á propósito hacer una observacion que podrá servir para dirigir el espíritu del lector en los hechos siguientes y en otros muchos semejantes.

Hay unas visiones reales y otras imaginarias. En las primeras, los mismos objetos son los que aparecen á los ojos del cuerpo ó al entendimiento. En las segundas no hay presencia de los objetos: sino que solamente son representados á la imaginacion por especies. Estas últimas, no por ser ménos sublimes que las otras deben dejar de ser contadas entre los favores de Dios; porque él es quien las da, y las almas que las reciben encuentran en ellas unos goces que las persuaden de su realidad. Mas la grandeza de Dios tiene que descender ménos en los favores de este género porque entónces no se familiarisa sino en apariencia; lo cual no deja de causar asombro de parte de una Magestad infinita, y de manifestar el amor especial que tiene para con las almas favorecidas con estas visitas. Es, pues, más probable que las visiones de que voy á hablar se hallan pasado únicamente en la imaginacion de la sierva de Dios.

Sucedió muchas veces, miéntras Rosa saboreaba la dulzura de este nombre querido, con los ojos fijos en el libro donde estaba escrito, que el Niño Jesus venía á colocarse sobre la escritura bajo la forma mas seductora. Su estatura apenas igualaba el tamaño de un dedo, y en un cuerpo tan pequeño, dejaba ver una hermosura y una gracia incomparable. Al llegar, permanecía un instante inmóvil, luego se paseaba con gravedad entre las líneas del libro, en seguida se volvía hácia su esposa muy amada, embriagándola de amor con sus miradas llenas de dulzura, de ternura y de bondad. En fin, le decía interiormente: Léeme, porque Yo soy el Verbo, ó la palabra: leeme con toda la atencion de que soy digno, porque tan pequeño como me ves, encierro en mí todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios.

Hé aquí algo más familiar todavía. Miéntras que Rosa se ocupaba en su trabajo manual, el divino Niño venía á sentarse sobre la mesa en frente de ella, hablaba en silencio á su corazon, le sonreía y tendía hácia ella sus bracitos como para darle una prueba de ternura, y no descuidaba nada de lo que podía provocarla á devolverle amor por amor. Y no solamente una vez de paso le concedía el divino Salvador semejantes fa-

vores; sino que los renovaba casi todos los dias. Y la prueba de esto á mi parecer, son las quejas amorosas que ella le dirigia cuando tardaba en aparecer: "Esta es la hora en que viene él ordinariamente á visitarme y alegrarme, y sin embargo no parece. Han dado las doce, y estoy privada todavía de su amable presencia. ¡Cuán digna de lástima soy, por estar así privada del placer de verle! Por el contrario, ¡qué feliz es el alma que le tiene actualmente á su lado.."

Estando un dia atormentada por un fuerte dolor de cabeza, vino Jesus á visitarla, y para calmar su pena le hizo una proposicion dictada por la más sorprendente familiaridad. Vamos á hacer juntos, le dijo, una partida de juego, y el que quede vencedor, prescribirá el precio de su victoria. En efecto, la partida se verificó y fué ganada por Rosa, quien pidió y obtuvo por recompensa una mitigacion del mal que sufría. Yo espero, le dijo entónces el divino visitador, que vais á darme una compensacion. Con mucho gusto, respondió ella. Así es que se entabla una nueva partida, [1] quedando la victoria por Jesus. ¿Qué recompensa me pedis Señor? le dijo la jóven. Lo que exijo es vuestra paciencia, respondió, é inmediatamente volvió-

(1) Se trataba de los dedos en cuyo juego vence el que saca mas puntos. Así la vida antigua de nuestra Santa.

le el dolor tan violento que pasó la noche siguiente sin dormir. Para no estar ociosa, púsose á pensar cual de estas dos partidas le había sido mas ventajosa, y su espíritu recto le sugirió que había ganado más en la segunda en la cual Jesus había triunfado. Habiendo venido muy de mañana su madre á verla, y encontrándola mucho mas mala que la víspera, concibió serias inquietudes y pareció vivamente afectada; mas la jóven se apresuró á tranquilizarla, refiriéndole sencillamente su aventura, á la que se dió tanto mas crédito, cuanto que su madre veía no sé qué de angélico en su fisonomía mientras hablaba.

En otra ocasion, habiendo permanecido Rosa hasta la media noche en su celda solitaria, sintió de repente un desfallecimiento letárgico que la fatiga de una oracion demasiado larga le había ocasionado. Creyó al principio que este malestar iba á ser pasajero como otros muchos de que de ordinario, y por momentos iba creciendo en lugar de disminuir: ¿Qué hacer en esta posicion molesta? En vano habría llamado en su auxilio, pues la casa estaba demasiado lejos para hacer oír hasta allá su voz desfallecida. Por otra parte, sus padres debían estar profundamente dormidos á esa hora tan avanzada. Vínole al pensamiento el arrastrarse

hasta allá como pudiera; pero la cosa era difícil, porque la noche era oscura, y por otra parte corría el riesgo de agotar la poca fuerza que le quedaba, y quedarse tendida en medio del jardín. Iba no obstante á intentar la empresa, cuando una reflexion súbita vino á hacerla vacilar. Lo que me lleva á la casa, se dijo á si misma, es ese elixir cuya eficacia conozco, y que restablecería al instante mis fuerzas agotadas; pero mañana es domingo, y tengo que comulgar: ¿y qué, por aliviarme haré el sacrificio de una gracia tan grande? Por otra parte, si rehuso á mi cuerpo el auxilio que reclama, la debilidad no me permitirá ir á la iglesia para participar del sagrado banquete. No sabiendo qué partido tomar, recurrió á su Esposo con su acostumbrada confianza, suplicándole que hiciera cesar esta debilidad intempestiva, y el médico celestial, sensible á su pena, escuchó su súplica: pues apenas le hubo llamado Rosa, cuando acudió á su lado y la hizo beber, no con la boca, como á santa Catalina de Sena, sino con el corazón, en su Sagrado costado. Parece que esta vision no era puramente imaginaria, porque al instante mismo se sintió curada, tanto que algunas horas despues, pudo ir sin dificultad á oír la misa y comer el pan de los ángeles.

Habiendo ido una vez á visitar á una se-

ñora de ilustre rango, quien la quiso tener en su casa todo el dia, despues de una conversacion edificante, pidió permiso Rosa para retirarse á un lugar apartado á hacer un rato de oracion. La señora la hizo conducir á un aposento retirado, por una niña de siete años que pertenecía á una de sus sirvientas. Cuando la niña la vió en oracion salió á buscar á su madre que trabajaba en un aposento inmediato: y volviendo una hora despues para ver si la santa oraba todavía, vió que estaba á su lado el Niño Jesus vestido con una túnica en la que la púrpura se mezclaba al azul del cielo; el rostro brillante con un resplandor celestial, y lanzando por todas las partes de su cuerpo rayos de luz. Sobrecogida de respeto á la vista de esta gloria, no se atrevió á penetrar en el aposento; pero se detuvo para gozar de un espectáculo tan extraordinario, y cuyo secreto no le permitía adivinar su tierna edad.

Igual cosa sucedió tambien á nuestra santa en la casa de Isabel de Mejía. La nieta de esta señora, oyendo decir un dia que Rosa se paseaba en una galería retirada, quiso ir á verla; mas cuál fué su admiracion cuando al acercarse á la santa vió á Jesus bajo la forma de un niño de ocho años, cu-

bierto con un vestido de luces, andar á su lado dándole la mano! Paseábanse los dos gravemente y conversaban en voz baja, con los ojos fijos el uno en el otro; mas el andar de Jesus tenía una majestad sin igual, y el fuego brotaba á cada uno de sus pasos.

Dícese en la Escritura que el Señor es un Dios celoso: y en efecto, lo es hasta la delicadeza; de suerte que toda rivalidad le desagrade, aunque ésta exista sólo en una flor. Hé aquí un ejemplo que servirá de prueba: Rosa, para contribuir al adorno de los altares, y tener siempre con qué proveer para ello, cultivaba en macetas las más bellas flores y los arbustos mas aromáticos: ponía un grande cuidado en ellos; pero su mayor solicitud tenía por objeto una planta que á causa de su perfume tan delicioso le parecía más digna que las otras de ser ofrecida al Rey eterno de los siglos: era un albahaca de gran belleza. Una mañana encontró esta planta querida arrancada de raíz y enteramente muerta: afligida por esta pérdida retirábase gimiendo, cuando Jesus salió á su encuentro y acercándose á ella con un aire gracioso le dijo: "¿Porqué te afliges? te quedo yo, que soy la flor de los campos ¿No eres más feliz en poseerme á mí que á tu albahaca y á todas tus plantas perfumadas cuya vida sólo dura un instante? Yo quiero ser

tu albahaca y por eso he destruido la otra: coloca en mí el amor que le tenías." Comprendió Rosa, en esta circunstancia, que su Esposo la amaba hasta los celos, y para no provocarlos más, todas sus flores llegaron á serle indiferentes. Desde entónces, no encontrando ya Jesucristo en ella ninguna rivalidad, amóla más tiernamente que nunca, como lo manifestó á una piadosa mujer de Lima en un arrobamiento. "Yo tengo á mi Rosa, le dijo, en el lugar más íntimo de mi corazón, porque el suyo es todo mio, y lo poseo yo solo tranquilamente."

Una alma á quien Jesucristo colmaba de tantos favores, no podía dejar de recibirlos de su augusta Madre. Y así desde la más tierna infancia hasta su muerte no cesó de ser honrada con sus visitas y su familiaridad. Por otra parte, ¿cómo esta divina Virgen tan clemente y tan fiel, habría podido sustraerse á los deseos y á la solicitud de una sierva tan amante? Rosa desde la edad de once años, había establecido en cierto modo su domicilio en la capilla de Nuestra Señora del Rosario: allí pasaba los dias enteros teniendo cuidado del aseo de este santo lugar, adornando su altar tan ricamente, ó por mejor decir, tan agradablemente como le era posible, despues de lo cual conversaba con la Reina de los cielos como si

estuviese presente á su vista. Cuando llegaba la noche, se retiraba con pesar, pero prometiéndose volver al dia siguiente á tomar de nuevo su agradable trabajo. No era necesario tanto para conmover el corazon de esta buena Madre: y así la honraba con su familiaridad al grado de hacer con ella el oficio de sirviente. Hé aquí como fué, y en que ocasion.

Hacia mucho tiempo que la santa jóven se encontraba afligida con un insomnio que iba debilitando sus fuerzas, y podía á lo largo, quitarle la vida. Para detener los progresos del mal, hubiera sido necesario emplear algunos remedios, y esto era en lo que ella no quería convenir: no obstante, tuvo que ceder á las órdenes de su confesor que le prescribió el uso de los soporíficos, y fijó la hora á que debía levantarse todas las mañanas. Su obediencia, al principio no fué coronada de buen éxito, porque el sueño sólo le llegaba hasta muy tarde, y luego se prolongaba más allá del tiempo fijado por la ordenanza. Este desórden la atormentaba mucho, pero sin que pudiese conseguir remediarlo. Desconsolada de su impotencia y devorada de escrúpulos, recurrió á la Santísima Virgen, á quien la Iglesia llama estrella matutina, confióle su pena y le suplicó la remediar. La Santísima Virgen la socorrió,

en efecto, pero de una manera que Rosa estaba léjos de preveer y á la cual quedó muy agradecida; porque tan luego como llegaba la hora de despertarse, esta divina Señora venía ella misma á la cabecera de su lecho y le decía con una voz graciosa: "Vamos, hija mía, levántate, vá á dar la hora de hacer tu oracion.,, Excitada por esta voz maternal, la jóven abría los ojos, y reconociendo á esta gran Reina en su porte majestuoso y en su hermosura incomparable, la honraba en silencio y se decía en el fondo de su corazon: "¿De dónde me viene esta gracia que la Madre de mi Señor se digne venir á mí?,,

Sucedió un dia, que comenzaba apenas á dormirse, cuando la divina María vino á despertarla como siempre. Oyó no obstante su llamamiento y respondió: "Voy á levantarme Señora mía, voy á levantarme luego.,, Púsose en efecto en actitud y se sentó en su lecho; mas era tan imperioso el sueño que al instante mismo volvieron á cerrarse sus ojos y volvió á caer su cabeza sobre la almohada. María se acercó de nuevo, y tocándola amistosamente, contra su costumbre, le dijo: "Levántate, hijita mía, es necesario que no cedas á la pereza que quiere detenerte. Ya ha pasado la hora, no lo difieras más.,, A este título infantil, que la lisonjeaba mucho más que su nombre propio, a-

brió Rosa los ojos; mas ya su augusta despertadora se retiraba y no pudo verla más que por la espalda. ¡Oh! cuán perjudicial puede ser al alma el sueño, cuando se abandona á él más de lo que debiera! Los favores del cielo pasan pronto; y si no nos apresuramos á aprovecharlos se nos escapan. Así es que Rosa, por haber abierto los ojos un momento más tarde, se vió privada de la dicha de ver por esta vez las facciones queridas de la Reina de las vírgenes.

CAPÍTULO XV.

Familiaridad de Rosa con los ángeles custodios, y diversos combates con los demonios.

El ángel de la santa, no solamente le era un fiel custodio, sino tambien un oficioso amigo: y así es que usaba para con él de una confianza familiar aunque respetuosa. Dejemos hablar aquí los hechos.

Una noche que estaba Rosa en su ermita en el interior del jardin, cuya puerta estaba bien cerrada, y la llave en poder de su madre, sentía una debilidad tal que le parecía iba á atacarle un vértigo, consultó á su ángel acerca de lo que debía hacer, y este, abriendo todas las puertas la introdujo en la casa de sus padres. La madre, viéndola tan pá-

lida y desfallecida que apenas podía sostenerse, dijo á la criada dándole dos monedas: Anda pronto á comprar chocolate á la tienda más inmediata. No queriendo Rosa que se hiciese este gasto á causa de ella, le dijo: Guardad ese dinero, madre mía, yo sabré procurarme el chocolate sin necesidad de él. Tal vez creas tú que lo hay aquí en la casa, replicó la madre. Sé muy bien que no lo tenéis, respondió Rosa; pero muy pronto van á tráermelo de la casa del Contador. Sin duda estás dormida, le dijo la madre impacientada, ó estás perdiendo la cabeza. ¿Quién puede pensar en traerte ese alimento á la hora que es? ¿Sabes siquiera en la casa del Contador que lo necesitas porque has tenido un desvanecimiento repentino? Sola tú en el jardin, no tenías ninguna persona á quien enviar allá, y nadie ha podido penetrar hasta donde estabas para llevarle noticias tuyas. Ve, pues, dijo á la criada, y haz lo que te he mandado. Os suplico, madre mía, replicó la santa jóven, que espereis un instante todavía, y vais á ver cómo van á traerme el chocolate muy pronto. La madre, á quien este lenguaje impacientaba más y más, reiteraba sus órdenes á la criada, cuando oyendo llamar á la puerta fué á abrir, y vió entrar un sirviente del Contador que llevaba en las manos alguna cosa cubierta. Vengo,